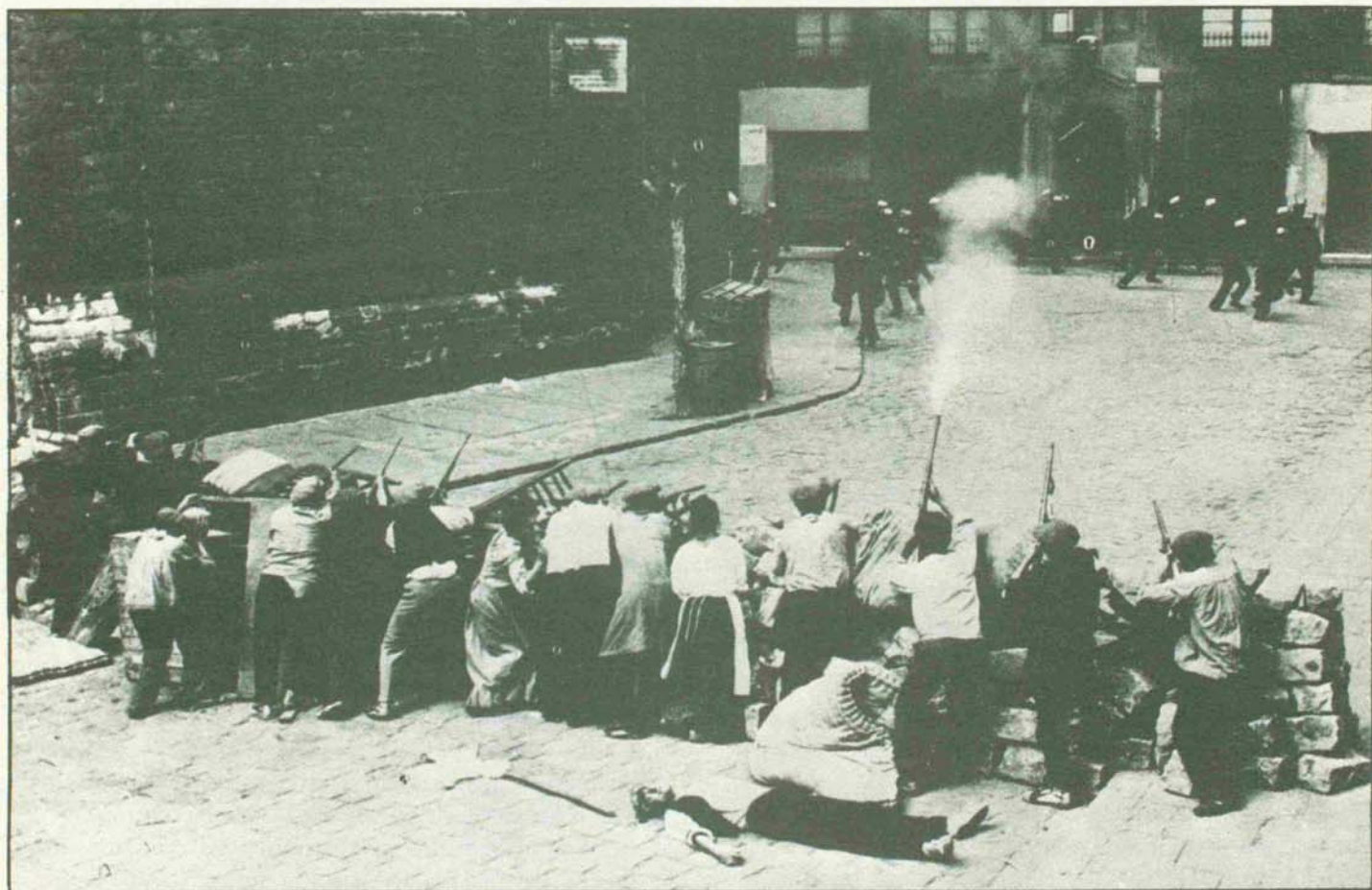


“La ciutat cremada”

Diez años de Historia catalana (1899-1909)

José Batlló



«La ciutat cremada» intenta abarcar diez años de la Historia de Cataluña, desde febrero de 1899 —con la llegada de los repatriados de Cuba— hasta julio de 1909, en que estalla la «Semana Trágica». Hecho al que se dedica un tercio del film y del que forma parte este fotograma.

EL cine español no se ha caracterizado, precisamente, por su vocación histórica. No olvidamos los «sueños imperiales» de los años cuarenta, ni los intentos posteriores de «objetivar» la guerra civil o retratar los «felices años veinte». Pero difícilmente nos acudiría a la memoria un intento riguroso de iluminar un período determinado de la Historia por medio de la pantalla cinematográfica. A lo más que hemos llegado es a la odisea de los prisioneros de la División Azul o a la de los «patriotas» húngaros del 56.

No debe sorprendernos, pues, que el anuncio de rodaje de una película como «**La ciutat cremada**» («La ciudad quemada») despertase una expectación inusitada en los medios ciudadanos barceloneses, reflejada en la Prensa, que dedicó al acontecimiento una atención casi desconocida en casos similares. La película, a punto de estrenarse cuando redactamos este artículo (1), pretende abarcar diez años de

(1) Por tanto, las apreciaciones que hacemos sobre «La ciutat cremada» se refieren siempre al guión de la película, no a su realización cinematográfica.

Historia catalana, y más concretamente barcelonesa, a través de la peripecia argumental de una familia burguesa. Los diez años que transcurren desde febrero de 1899, con la llegada de los repatriados de Cuba tras el desastre, hasta julio de 1909, con el estallido de la «Semana Trágica».

El proyecto es ambicioso y se presenta, a priori, avalado por un equipo responsable. El productor es Josep M. Forn (director de «**La respuesta**» —que estuvo detenida en censura durante varios años—, basada en la novela de Manuel de Pedrolo), el director Antoni Ribas (que debutara en la profesión con «**Las salvas en Puente San Gil**»), y los guionistas Miquel Sanz y el propio Ribas. Como asesores históricos: Josep Termes, Josep Benet e Isidre Molas. Tres reconocidos estudiosos de la época, aunque sus interpretaciones no coinciden siempre, sobre todo las del segundo con las del primero y el tercero. Según confesión de Ribas, se pretende algo parecido a lo realizado por Visconti con «**La caída de los dioses**», salvando todas las distancias necesarias y sa-

biendo que algunas de ellas serán imposibles de salvar.

UNA FAMILIA TÍPICA DE LA BURGUESÍA CATALANA DE PRINCIPIOS DE SIGLO

La familia Palau, eje sobre el cual gira la trama argumental de «**La ciutat cremada**», es un ejemplo típico de la burguesía catalana de la época. Tras el desastre colonial de 98, repatrió como puede sus intereses y extrae lecciones prácticas de la catástrofe. Frederic Palau, hermano menor del cabeza de familia y su «hombre en La Habana», regresa con un soldado (un campesino catalán, llamado Josep) a Barcelona. Esconde en la mochila del soldado (a quienes no registran en la Aduana) los dólares que ha obtenido por la venta a los americanos de la «Comercial Palau» que regentaba en la capital cubana. Trae nuevas ideas que son aceptadas, tras algunas dudas rápidamente disipadas, por el cabeza de familia y hermano mayor, Pere Palau. La Coca-Cola, «una especie de zarzaparrilla de los america-



La familia Palau (a la que vemos reunida) es el eje sobre el que gira la trama argumental de «**La ciutat cremada**». Ejemplo típico de la burguesía catalana de la época, los avatares de sus miembros van uniendo los diversos momentos históricos que en la película quedan reflejados.

nos del norte», y que «en Nueva York bebe todo el mundo, incluso en las comidas», sugiere a Frederic la posibilidad de obtener lo mismo con el champán que fabrica la familia. Si los americanos beben Coca-Cola a diario y champán los domingos, ellos pueden beber champán todos los días y Coca-Cola los domingos. Aparentes desastres como la guerra colonial o la filoxera, pueden presentar su lado ventajoso, al obligarse a valerse por sí mismos. Es el optimismo burgués que los historiadores señalan como típico del período en Cataluña (es decir, los historiadores como Vicens Vives y sus epígonos).

Pere Palau, el cabeza de familia, es un pragmático puro. Se niega a pagar el «recargo de la guerra», a pesar de la amenaza de embargo. Se trata de «una cuestión de principios». No es, desde luego, que esté a favor de la autonomía cubana y en contra del mantenimiento de la colonia. Simplemente hay que exigir el «Concierto Económico Unico», apoyar a Duran i Bas para que lo obtenga. Sus ansias autonomistas no se despertarán hasta algo más tarde, cuando «tome conciencia» de que la carga del resto del Estado español es excesiva para sus

posibilidades e injusta para con sus intereses. «No nos oponemos a los impuestos —dice—, sino a su mala administración». Pretenden, por tanto, administrarlos ellos mismos. Aunque ya se sabe que en Madrid no van a hacerles caso. A sus hijos les enseña a rezar, por supuesto, introduciendo una oración de su catecismo particular: «Qui té com a tres i gasta com a dos, és més ric que qui té tres i gasta com a sis» («Quien tiene tres y gasta dos, es más rico que quien tiene tres y gasta seis»).

Cuando se produce el «Tancament de caixes», sigue la tónica general. Los acontecimientos han venido a recordarles que «la burguesía nació revolucionaria». Su entusiasmo no le lleva, sin embargo, como a otros «contribuyentes en huelga» a presentarse voluntariamente en la cárcel para ser detenido. Espera, con el corazón encogido, en su casa, a que vengan por él. «Lo más sorprendente de todo es que tantos catalanes hayáis podido poneros de acuerdo en algo», observa su hermano Frederic. «Sólo por eso ya ha valido la pena...» Cuando su hija mayor, Remei, se casa, pese a su oposición, con Josep, el campesino veterano de la guerra de Cuba y repatriador invo-



Dimisión del Dr. Robert (José Vivó) como alcalde de Barcelona, tras haberse visto obligado a firmar las primeras órdenes de embargo ante la negativa de los comerciantes catalanes a pagar la contribución.



Mitin en una fábrica de productos químicos: un militante anarquista (Ivan Tubau) incita a sus compañeros a declararse en huelga. Son los prolegómenos de la Huelga General Revolucionaria de 1902.

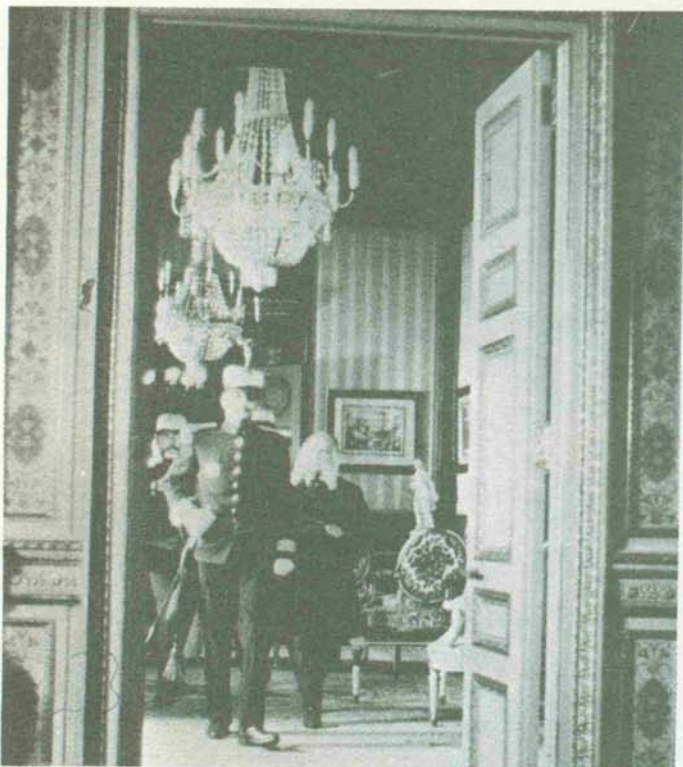
luntario de buena parte del capital de la familia, la obliga a vivir por su cuenta y riesgo, hasta tanto su marido no demuestre su valía. Nada de mantener gandules. Por supuesto, corre de su cuenta el banquete de boda, con marcha nupcial wagneriana y pastel con las barras de Aragón. Va al Liceo por lo menos una vez al año; monta su «pesebre» navideño en el aparador, para el que no repara en gastos: hasta le dota de luz eléctrica. Cuando la «candidatura de los cuatro presidentes», sabe que el enemigo común (el de los patronos y el de los obreros) es el cacique. Se trata de la suerte del país. «¿Qué país?», le preguntará Josep. «¡Este! ¡Del que todos comen! ¡El de todos!» Y mientras los amigos del señor Palau copan los primeros cuatro puestos en las elecciones a diputados por Barcelona, Josep y sus amigos, que han ido a la Huelga General Revolucionaria, están en la cárcel. Pero el señor Palau rescatará a su yerno (pagará el tranvía que le acusan haber saboteado), y se los llevará a los dos— tranvía y yerno— a su fábrica. Por algo los ha comprado.

Ante la huelga general del 26 de julio de 1909, el señor Palau reaccionará favorablemente al movimiento. Tiene un hijo a punto de embar-

carse hacia Africa. Discrepa de Cambó que considera que «hay que defender nuestra posición en Marruecos». ¡Qué vaya él! Cuando el movimiento se «desmadra», se prolonga, se queman conventos, el señor Palau reconsidera y decide que «la protesta contra el Gobierno no tenemos por qué pagarla los ciudadanos». «¡No se engañe pensando que la protesta es sólo contra el Gobierno!», le dirá Josep, que por lo demás se encuentra ya definitivamente integrado en el seno de la familia de su suegro. Pero la historia de Josep es otra historia.

DE LAS POCAS SALIDAS QUE TIENE LA CLASE OBRERA

Si «La ciutat cremada» puede ser —a juzgar por el guión y por las declaradas intenciones de sus autores— un fresco sobre la Historia de la burguesía catalana de la época, no ha tratado, con la misma intensidad, de ser también un fresco sobre la clase obrera del mismo período. (Si se ha elegido a una familia burguesa como base para la trama argumental, es de suponer que haya sido porque se ha considerado a la burguesía como la clase social representativa del período o, por lo menos, como



Entrada de Alfonso XIII en el Ayuntamiento de Barcelona, poco tiempo después de su coronación. Acto que coincidiría con el triunfo en Madrid del Club de Fútbol Barcelona y con la primera prohibición de los Juegos Florales.

respuesta que para los autores ostenta esa representación.) Josep, hijo de campesinos, se queda en la gran ciudad —Barcelona— a su regreso de la guerra de Cuba. No halla otro medio de promoción social que el casamiento con la hija mayor del señor Palau, y aunque, en un principio, desprecia a la familia de su mujer (y la familia de su mujer le pone a él en cuarentena), los acontecimientos le irán enseñando cuál es su verdadero lugar. Si en un principio, para subsistir, trabaja y vive como un obrero, a raíz de su encarcelamiento tras la Huelga General Revolucionaria de 1902 trabaja y vive como un futuro dirigente de la empresa de su suegro. Aunque su «conversión» no termine nunca de completarse, y ante los acontecimientos de la «Semana Trágica» siga todavía sumido en las dudas: impide la quema de un convento (no acabamos de saber bien si por que está junto a la casa de sus suegros, y podría arder ésta también, o si porque la quema de conventos le parece un acto reprobable), desviando la atención de los revoltosos. Pero, por otra parte, mata a un francotirador que dispara contra los de las barricadas y que resulta ser un cura (o alguien vestido de cura). Finalmente, cumplirá su más alta misión en el seno de la familia Palau: servir de semental para la hija menor, su cuñada, cuyo marido «se retira caballerosamente, en el momento oportuno, siguiendo los consejos de su aristocrática madre, que tiene la

esperanza de anular la boda de su hijo con una «burguesa» muy por debajo de sus merecimientos y posibilidades.

Josep se nos muestra, en los primeros tiempos de su matrimonio, integrado en un grupo de obreros que estudian esperanto y siguen un régimen vegetariano, como expresión de su «voluntad de cambiar el mundo». La madre de Josep, una campesina que podría encarnar en cierto modo la sabiduría popular, reacciona ante el esperanto con una frase aguda: se le antoja un «catalán muy cerrado». En cuanto al régimen vegetariano, considera que para cambiar el mundo «hace falta comer antes muchas butifarras».

El fin de siglo es celebrado por los trabajadores, al alba, cantando «Les flors de maig» con los Coros de Clavé. Alguien grita, arrebatado por la emoción ante la salida del primer sol de 1900: «¡Este es nuestro siglo!» Vistos los tres cuartos del mismo transcurrido desde entonces, mejor lo dejamos para el que viene, porque este ya no parece tener remedio.

Ante la coronación de Alfonso XIII, la reacción de entusiasmo es unánime: ¡El F. C. Barcelona vence, a domicilio, al Madrid, en el Trofeo de la Coronación, por 3 a 1! Algo que no volvería a repetirse hasta muchos años después. Sólo los poetas no están contentos: se les ha prohibido los Juegos Florales que, por primera vez (después han sido muchas más), tienen que celebrarse en el exilio.

Nos encontramos de nuevo a Josep en una de las «meriendas fraternales» de Lerroux y sus «jóvenes bárbaros». Las pancartas dicen: «Nuestra Señora de las 8 horas, virgen y mártir». Alguien entona una canción:

*«En el fondo de un barranco
canta un negro con afán:
Ay, madre, quien fuera blanco
aunque fuera catalán...»*

Doblan las campanas en señal de duelo: ha muerto Verdager, el poeta nacional de Cataluña, a quien incluso los «jóvenes bárbaros» rinden homenaje de admiración. Pero llega Lerroux y electriza a todos: «¡Hay que incendiar Barcelona por los cuatro costados, hasta purgarla de burgueses y reaccionarios! ¡Entrad a saco en los conventos, levantad el velo de las novicias y elevarlas a la categoría de madres!»

Los compañeros de Josep derivan pronto hacia el anarquismo. Ante el llamamiento a las urnas de «todo el país», para obtener el triunfo de la candidatura de los «cuatro presidentes», uno de ellos intentará torcer la corriente: no hay que dejarse engatusar por los pleitos entre burgueses. ¡Ya se las apañarán solos! Ya hemos visto los resultados: la cárcel. Serán estos mismos compañeros los que, más tarde, du-

rante la «Semana Trágica» veamos tras las barricadas. «Hay que hacer cumplir la huelga (dirá uno de ellos). Todo el mundo ha cerrado, menos éstos (por las iglesias y conventos). El Santo Negocio de la Salvación sigue abierto. Los réditos de la virtud siguen produciendo...» El cura, por su parte, hará una original versión matemática: «Por la misma regla de tres que del impío Renán y del cínico Voltaire sale la Escuela Moderna libre o laica...» El integrista se le une, y dice refiriéndose a los revoltosos: «La culpa de todo esto no la tienen ellos, pobres ignorantes. La tienen los educadores laicos que no enseñan el respeto a la autoridad, la religión, la familia y la propiedad, los cuatro pilares de la sociedad». Mientras Josep se lamenta con amargura, sometiéndose más tarde a su papel de semental, vigorizando con su sangre proletaria la decadente y débil de la alianza burguesía-aristocracia, sus compañeros son barridos de las barricadas por el Ejército, que tal vez ha caído en la trampa tendida por esos «curas que han sido detenidos en la izquierda del Ensanche, que disparaban contra los soldados disfrazados de obreros, para que el Ejército se decida a la represión...» El final es de todos conocido. Para algunos, incluso fue feliz.

DE LAS MUCHAS SALIDAS QUE TIENE LA CLASE POLITICA

En «La ciutat cremada» la clase política catalana de la época está abundantemente representada, aunque por personajes episódicos respecto a la trama argumental de la cinta. El Dr. Robert, Prat de la Riba, Cambó, Puig y Cadafalch, Jaume Carner, Lerroux, Vallés i Ribot, Amadeo Hurtado, Laureà Miró, etc. Papeles interpretados por actores de gran prestigio (Adolfo Marsillach, López Vázquez, José Vivó) o por personalidades ajenas a la profesión pero de seguro impacto en el ambiente cultural ciudadano (Alfonso Carlos Comín, Jordi Borja). Son los personajes que cubren el entramado histórico del argumento, y a cuyo través se intenta ofrecer una interpretación del período. Personajes que aparecen en momentos culminantes de su actuación pública, pronunciando palabras y frases documentadas. Así, el Dr. Robert lo hace en el momento de su dimisión como alcalde de Barcelona, tras haberse visto obligado a firmar las primeras órdenes de embargo ante la negativa de los comerciantes catalanes a pagar la contribución. Lerroux está presente cuando se incubaba la Huelga de 1902. Jaume Carner y Fran-



En «La ciutat cremada», la clase política catalana de la época se halla abundantemente representada, aunque por personajes episódicos respecto a la trama argumental del film. Contemplamos aquí a Jaume Carner y Puig i Cadafalch.



Una de las «meriendas fraternales» organizadas por Alejandro Lerroux y sus «jóvenes bárbaros». A ella asisten Josep (Xavier Elorriaga) y su mujer, Remei Palau (Jeannine Mestre), que —arriba— se sientan en corro bajo una pancarta de apoyo a Lerroux y una imagen de «Nuestra Señora de las Ocho Horas, virgen y martir», y —abajo— pasean ante una niña vestida de República y que porta en sus manos el lema «Libertad, Igualdad, Fraternidad». (En la parte izquierda de la foto superior, con sombrero hongo, figura el director de «La ciutat cremada», Antoni Ribas).



cesc Cambó valoran la significación política del recibimiento popular a los jugadores del «Barça» que han vencido al Madrid, así como la de la protesta de los poetas por la prohibición de los Juegos Florales. Vemos a Prat de la Riba como presunto contratista de los servicios de Mr. Arrow, «detective inglés con veinte años al servicio de Scotland Yard», organizador de la «Oficina de Vigilancia Criminal Antiterrorista».

Dentro de una reunión en casa de Vallés i Ribot, en el segundo día de la «Semana Trágica», los «padres de la patria» se manifiestan del siguiente modo:

HURTADO.—¿Hablamos en nombre de toda la «Solidaritat» o sólo en el de los presentes?

MIRO.—¿De toda Cataluña!

VALLES I RIBOT.—Por una vez podemos hablar incluso en nombre de las clases obreras.

MIRO.—A veces no queda otra salida que la revolución. Y si no la hacemos nosotros, la harán sin nosotros...

HURTADO.—El amigo Miró tiene una visión espectacular de las revoluciones, que por su edad sólo debe haber visto en los cromos de chocolate...

Pero cuando descubren que se ha iniciado la quema de conventos, todas las «fuerzas vivas» de la ciudad escabullen el bulto ante la situación que les desborda. Mr. Arrow, mientras tanto, se pregunta: «¿Por qué en esa lista que circula por ahí, sólo se ordena destruir conventos e instituciones religiosas y no bancos, o fábricas, o centros de comunicaciones, como correspondería a una solución?». La pregunta queda sin respuesta, sobre todo si uno se atiende a los resultados oficiales de la revolución: Guardia Civil: 1 muerto y 45 heridos; Ejército: 3 muertos y 27 heridos; Cruz Roja: 4 muertos y 17 heridos; Población civil: 82 muertos y 126 heridos. No hablemos de la represión posterior. Más de mil procesos fueron instruidos por la jurisdicción militar en las dos semanas siguientes. Se dictaron 17 condenas a muerte, de las que se ejecutan cinco: la última y más sonada, la de Francisco Ferrer Guardia, fusilado el 13 de octubre de 1909, que provocaría la protesta de todo el mundo y la caída del Gobierno Maura. La clase política encontró, desde luego, otra salida. Simplemente se puso del lado de la represión. Prat de la Riba resumirá la situación: «La protesta del pueblo es justa, pero la paz es absolutamente necesaria para ordenar nuestra tierra». Como Goethe, antes la injusticia que el desorden. Luego, su periódico, «La Veu de Catalunya», albergará magnánimamente a los profesionales de la delación.

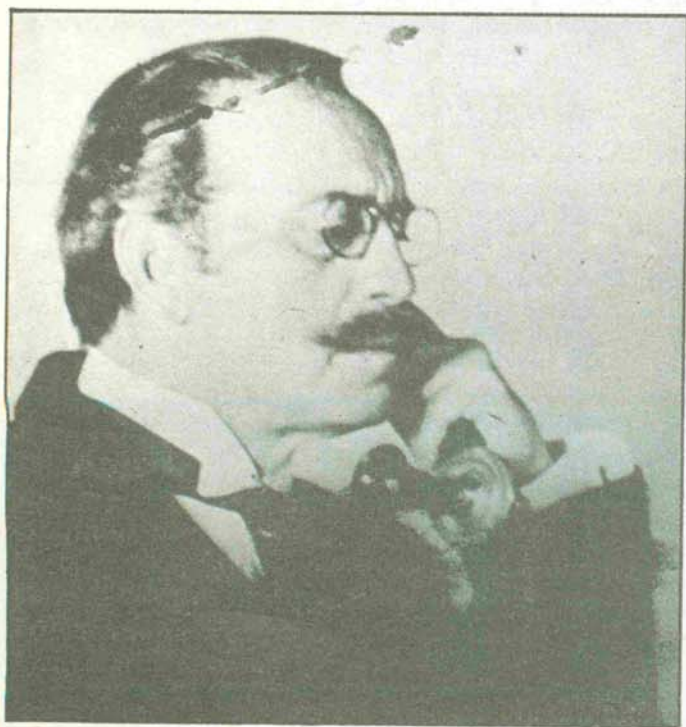
LA CIUTAT CREMADA

El título del guión que han escrito Ribas y Sanz está tomado de dos célebres artículos de

Joan Maragall a propósito de la «Semana Trágica»: «La ciutat del perdó» y «L'iglèsia cremada». El primero de ellos era una petición de amnistía para los procesados por los sucesos de la «Semana Trágica», y especialmente, según nos quiere convencer Josep Benet en su «**Maragall i la setmana tràgica**», para evitar la ejecución de Ferrer, aunque en el texto de Maragall no se hace ninguna referencia expresa al mismo. El artículo fue enviado a «La Veu de Catalunya», el diario de Prat de la Riba, el 10 de octubre de 1909. Ferrer fue ejecutado tres días después. El artículo no había aparecido en el periódico ni lo haría jamás. En realidad no se publicaría hasta 1932, a los veintiún años de la muerte del poeta, en la edición de sus «**Obras Completas**» preparadas por sus hijos. Benet, en su libro citado, nos habla también de que si el artículo se hubiera publicado a tiempo, podría haber detenido la sentencia que pesaba sobre Ferrer. ¡Santa Inocencia! Lo que no pudo conseguir la protesta de medio mundo, lo iba a lograr un poeta que, para más «inri», escribía sus poemas en catalán. De todos modos, y por si acaso, Prat de la Riba vetó la publicación. Se supone que con el beneplácito de su delfín, Francesc Cambó, quien, ausente durante la «Semana Trágica» de Barcelona, escribía a su regreso al Ministro de la Gobernación D. Juan de la Cierva (apellido venerado entre la clase obrera), en los siguientes términos: «Creo, como todos los que de verdad quieren a Barcelona y Cataluña, que las atrocidades de julio (Cambó llama atrocidad, sin duda, a la destrucción de los 113 edificios religiosos y docentes quemados durante la «Semana Trágica», no a los 117 muertos y 422 heridos oficialmente habidos) no han de quedar impunes; que se impone el castigo severísimo de los culpables y atacar enérgicamente los focos de infección social que existen en Barcelona (...) Acordó el señor Gobernador (se refiere a Crespo Azorín, nombrado en sustitución de Ossorio y Gallardo, quien había dimitido al declararse el Estado de Guerra) cerrar las escuelas en las que, durante años, se ha consentido que se vulnerasen en la conciencia de los niños todos los fundamentos de la sociedad y se les preparase para todas las violencias. Así anunciado el acuerdo del Gobernador, fue recibido con satisfacción y aplauso por todas las personas honradas que no habían comprendido nunca cómo en España pudieran funcionar escuelas y circular libros de texto que no serían consentidos en ningún país del mundo, ni aun en aquellos en que la intervención del Estado en materias de enseñanza apenas está establecida. Mas, al ponerse en práctica la resolución del señor Gobernador, se ha producido un movimiento general de asombro y disgusto; por el desconocimiento absoluto que tiene el Sr. Crespo, en Barcelona han sido cerradas, no sólo las escuelas en que

se daban enseñanzas disolventes, sino escuelas meramente neutras y gran número de centros de cultura sana y moral que la iniciativa privada había creado para elevar el nivel intelectual y moral de la clase obrera», etc., etc. ¡Emocionante! Sin duda fue la preocupación por «elevar el nivel intelectual y moral de la clase obrera» lo que llevó a Cambó a encabezar, en 1907, tras el triunfo de las listas de «Solidaritat Catalana», a los diputados que visitaron a Ossorio y Gallardo para pedirle, como Gobernador Civil de Barcelona, que no se cumpliera el descanso dominical estatuido por la ley de 3 de marzo de 1904. Y la misma preocupación debía embargarle cuando, en 1916, se opuso, con éxito, en el Parlamento, al proyecto de ley sobre beneficios extraordinarios de guerra, deduciendo que si los industriales y comerciantes catalanes veían subir sus impuestos, los perjudicados serían los obreros. ¡De mis amigos, líbrame Señor, que de mis enemigos me encargo yo!

«L'iglèsia cremada», el segundo artículo de Maragall al que hemos hecho referencia, propone volver a la pobreza y austeridad primigenia de los cristianos, aprovechando la oportunidad ofrecida por la destrucción de tantos edificios religiosos. Que no se reconstruyan y se vuelva a la Iglesia de todos. El artículo fue enviado también a «La Veu de Catalunya» (a pesar de que no había publicado el anterior), periódico que le dio luz con leves pero significativas supresiones o variaciones. No hay que decir que la eficacia práctica del artículo fue muy similar al anterior, nonato. A la vista está.

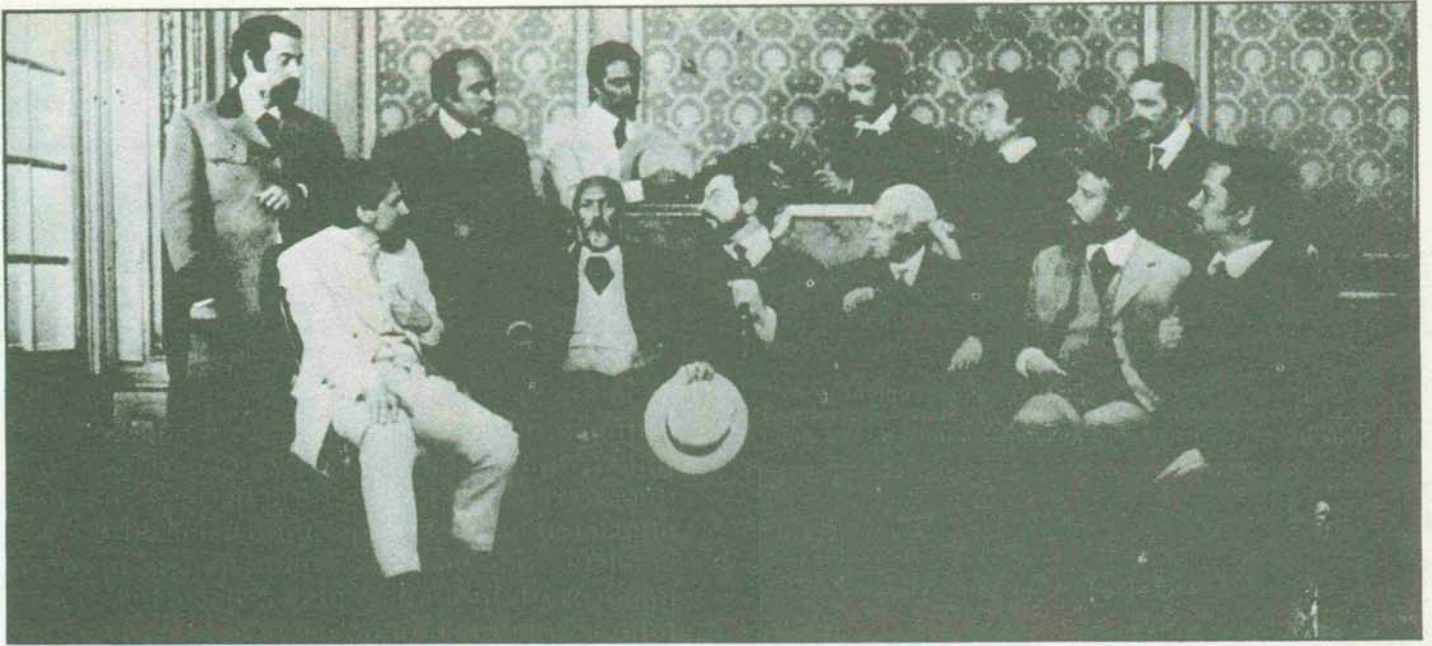


Prat de la Riba (José Luis López Vázquez) aparece en «La ciutat cremada» como presunto contratista de Mr. Arrow, un detective que organiza la «Oficina de Vigilancia Criminal Antiterrorista».

Naturalmente, el guión de Ribas y Sanz no recoge de los artículos de Maragall más que el apócope de sus títulos, y quizá una cierta afinidad sentimental. Ivan Tubau, que en la película interpreta el papel del anarquista que incita a sus compañeros a la Huelga General Revolucionaria de 1902, ha declarado, a propósito de su visión de la película: «El guión es interesante comercialmente, aunque la «Lliga» quede demasiado bien. El guión no parte de una base política clara, ni científica, ni rigurosa. Es una especie de documento histórico, un tanto neutro. No me parece contundente. Desde un punto de vista revolucionario, dentro de esta estructura específica es absolutamente utópico pretender hacer una película revolucionaria». De lo cual parecen ser conscientes los autores, quienes, en sus declaraciones, no cifran en tal punto su meta, sino en el de hacer «cine catalán». Y no todo lo «catalán», por desgracia, es revolucionario.

LAS MINORIAS INTELIGENTES SERAN SIEMPRE MINORIAS PROPIETARIAS

La complejidad de los acontecimientos históricos que definen el período abarcado por el guión de «La ciutat cremada» excede, con mucho, las posibilidades expresivas de un film que, por lo demás, no pretende ser «una crónica, sino una recreación», en palabras del propio Ribas. Para el espectador no iniciado en el estudio histórico del período, la película le dirá poco sobre el mismo. Creará, eso sí, un telón de fondo apasionante, cuya profundización exigirá otras fuentes de información. Pero también es posible que ese telón de fondo quede diluido por la anécdota argumental que sirve de vehículo a la película. Sobre todo, si tenemos en cuenta que el guión obvia acontecimientos muy importantes y que los datos proporcionados cumplen más una función «narrativa» que «histórica». Por ejemplo, entre 1902, fecha de la Huelga General Revolucionaria y la muerte de Verdaguer, hasta 1909, el guión da un salto en el vacío. Si por una parte nos habla del «Tancament de caixes», como protesta de los comerciantes catalanes ante la política presupuestaria del Gobierno, nada se nos dice sobre la aprobación del arancel de 1906, que permite a los fabricantes de tejidos superar una de las peores crisis de su historia y paliar en su mayor parte las consecuencias del desastre colonial. Ni sobre la aparición de las grandes industrias químicas, que se consolidan durante el período en Cataluña (Unión Española de Explosivos, Electroquímica de Flix, Cros) gracias a una política económica determinada desde el Gobierno,

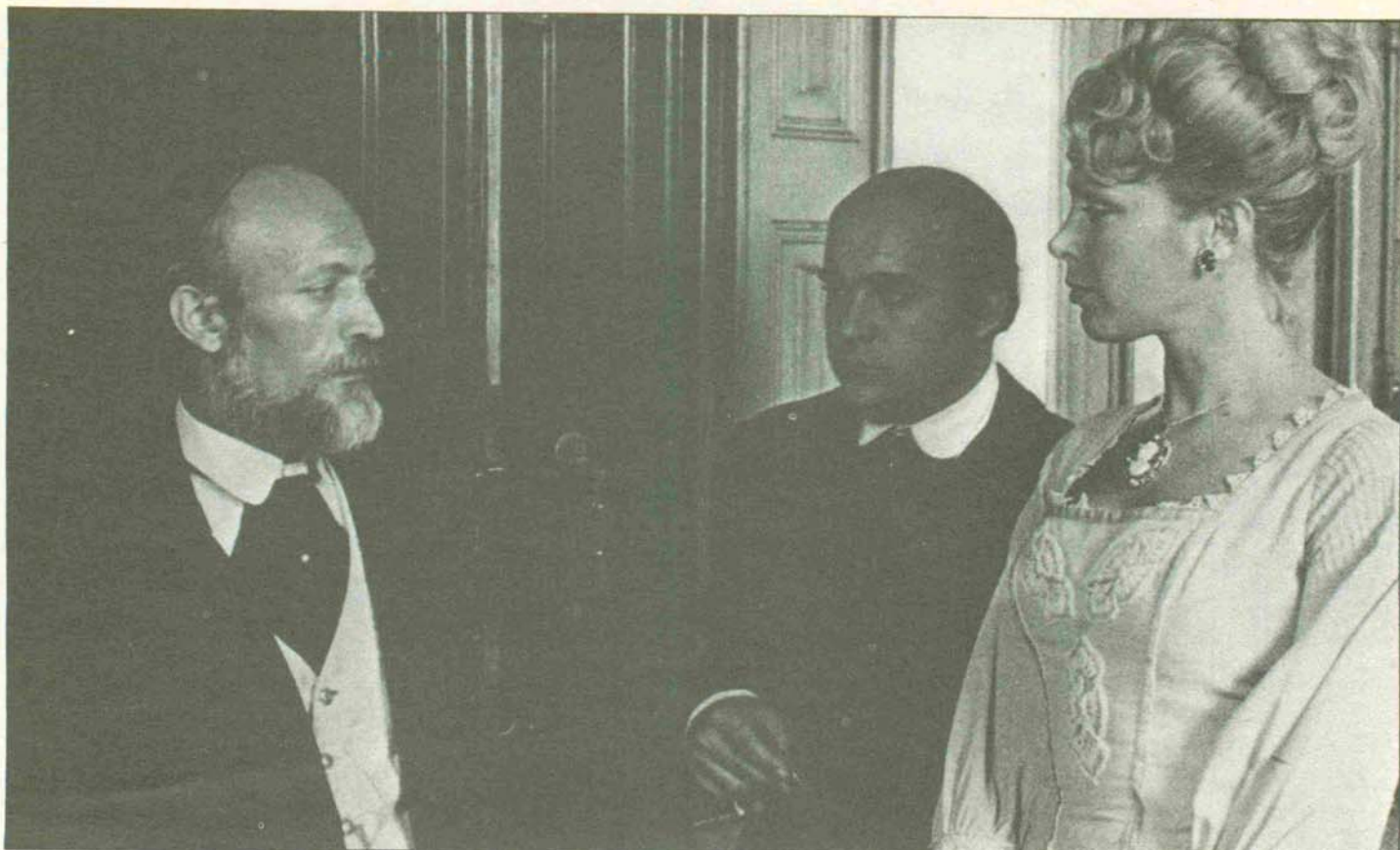


Reunión de diputados catalanes en casa de Vallès i Ribot durante el segundo día de la «Semana Trágica». Su relativo apoyo a la postura obrera pronto cambiará de signo ante una situación que les desbordaba.

que empieza a aplicar el principio de Cánovas que hemos utilizado como epígrafe de este apartado.

Es indudable que las tensiones sociales son en Cataluña, durante la época, mucho más graves que en el resto del Estado Español. Y que esta gravedad viene dada por una determinada actitud de la burguesía más pudiente, cuyo órgano representativo es la «Lliga», partido que intenta, con más que mediano éxito, complicar a todo el país en unos problemas que sólo afectan a dicha burguesía como clase social determinada. En tanto que, en las sociedades industrializadas de Occidente, la gran burguesía adopta una política de concesiones y apaciguamiento de la clase obrera, en Cataluña la cerrazón es absoluta, haciendo imposible cualquier intento de diálogo entre las clases sociales y radicalizando los conflictos hasta puntos extremos. Extremos a los que, sin duda, no hubiera querido llegar la burguesía media y pequeña, ya que en definitiva salía tan perjudicada como la propia clase obrera. Suñol lo expresa con claridad en una carta que le dirige a su amigo Jaume Carner: «(...) Fíjate bien: la política de la «Lliga» ha sido siempre la siguiente: sostener en todos los tonos, en su periódico, en mítines, en conferencias, en discursos, que al catalanismo le son indiferentes las formas de gobierno y las doctrinas políticas. Hacer sin decirlo, e incluso negándolo, política declaradamente conservadora. Afirmar que quienes discrepan de ellos, es decir, quienes quieren ser catala-

nistas y a la vez liberales y republicanos, quienes quieren preocuparse de otros problemas políticos y sociales, son **disidentes**. Recuérdalo bien, ésta es la palabra que «aplica» siempre «La Veu» cuando habla de nosotros». Esta actitud tiene, naturalmente, su correspondencia en hechos concretos: por ejemplo, el presupuesto de Cultura del Ayuntamiento de Barcelona, en 1908, que responde a una clara concepción elitista de la enseñanza, oponiéndose radicalmente a una democratización de la misma. O la buena acogida que por parte de la gran burguesía tienen las ideas de Charles Maurras. O la simpatía con que Cambó acoge más tarde al movimiento de Mussolini. Todo viene a resumirse en la siguiente regla de conducta: «Hay que formar una élite, unos «padres de la Patria», a la que irán a parar espontáneamente quienes, por su dinero e inteligencia, están llamados a llevar la dirección de los negocios públicos». Actitud que enlazaba con el «grupo catalán» de Madrid que, durante la Restauración, constituían el eje de su política. Los López-Comillas, Güell, Girona, Taberner, etc., se sirvieron de esa política para afianzar sus negocios y sus especulaciones en la Bolsa y en los Bancos que dirigían. Antoni Jutglar, en su «Historia crítica de la burguesía a Catalunya», sintetiza la situación en las siguientes palabras: «Los burgueses empezaron a considerarse seriamente amenazados por la expresión pública del descontento y la irritación obreras. La burguesía catalana, en lugar de advertir que



Vallès i Ribot —a la izquierda—, acompañado por su esposa (Teresa Gimpera), en el transcurso de la reunión de diputados catalanes. La clase política pronto halló una salida para sus dudas: ponerse al lado de la represión contra los revolucionarios de la «Semana Trágica».

esta rebelión del proletariado no era más que un signo del fracaso de su concepción cerrada y egoísta de la economía capitalista, lo único que supo hacer fue cerrar aún más sus filas y, huyendo del diálogo y de cualquier tipo de concesión, pedir a los mismos que decía combatir que fabricasen herramientas policiaco-estatales lo bastante potentes como para superar la protesta obrera». Por su parte, Prat de la Riba no había ocultado nunca cuáles eran sus intenciones: «Pero ya el nacionalismo catalán ha iniciado la segunda función de todos los nacionalismos, la función de influencia exterior, la función imperialista (...) Es hora, pues, de trabajar para reunir a todos los pueblos ibéricos, desde Lisboa al Ródano, en un solo Estado, en un solo Imperio; y si las nacionalidades españolas renacientes saben hacer triunfar este ideal (...), como la Prusia de Bismark supo imponer el ideal del imperialismo germánico, podrá la nueva Iberia elevarse al grado supremo del imperialismo: podrá intervenir activamente en el gobierno del mundo con las otras potencias mundiales, podrá expansionarse de nuevo sobre tierras bárbaras y servir a los altos intereses de la humanidad conduciendo hacia la civilización a los pueblos atrasados e incultos». («**La Nacionali-**

tat Catalana», 1906). Ni el propio José Antonio Primo de Rivera hubiera llegado tan lejos. Pero esta actitud del catalanismo dominante no queda reflejada en el guión de «La ciutat cremada», como tampoco la disconformidad de los llamados «disidentes», a pesar de que alguno de sus miembros aparezcan en la historia.

Los historiadores parecen estar de acuerdo en que la génesis de la «Semana Trágica» (2) resulta compleja y difícilmente explicable. En el guión de «La ciutat cremada», donde los acontecimientos de la «Semana» ocupan más de un tercio, se omite igualmente una interpretación de los hechos, y los datos que se ofrecen resultan —además— equivocados. No se llega, desde luego, a la altura de Josep Pla, quien llega a afirmar: «La Semana Trágica es incomprendible sin tener presente la revolución espiritual impuesta por fuerza al país a través de la campaña de sabotaje contra la Solidaritat. La Semana Trágica es la explosión de un estado de espíritu formado en el curso de dos años y a fuerza de demostrar a la gente que

(2) Sobre diversos aspectos de la «Semana Trágica», *TIEMPO DE HISTORIA* ha publicado un amplio bloque de trabajos en su número 7 (junio de 1975).

toda política constructiva era un trabajo de traidores y esbirros. Esta campaña la hizo Lerroux por profesión, la Esquerra la flanqueó por gusto y por inconsciencia y Moret detrás de la cortina la dirigió con su helada sonrisa (...) La Semana Trágica —dice la gente— fue una explosión contra los militares y los curas. ¡No lo creáis! ¡La Semana Trágica fue una explosión de estupidez rigurosamente parial!».

Cada cual interpreta la Historia a su gusto. No parece que la explicación sea tan sencilla. Ni tampoco es aceptable que no haya explicación alguna. La «Lliga» sale fortalecida después de la crisis del Gobierno Maura. Con Solidaritat o sin ella, cumple su objetivo al obtener la «Mancomunitat» en 1914. Y cuando llegue la Segunda República y las posiciones se hayan radicalizado en uno y otro sentido, quien llevará adelante el Estatuto de Autonomía a buen fin ya no será la «Lliga», sino los llamados «disidentes». Claro que eso, para Pla y otros «historiadores» de parecido calibre, constituirá un error monstruoso. Y ya sabemos que los errores históricos son peores que los crímenes. Aunque personalmente crea que ningún error justifica un crimen. Y en este país, por lo general, los errores de unos (errores cometidos muchas veces para no cometer crímenes) justifican los crímenes de otros (que

cometen crímenes para no cometer errores). Todo lo cual nos lleva mucho más allá de un guión cinematográfico. ■ J. B.

BIBLIOGRAFIA

El lector interesado puede consultar un libro que le pondrá al corriente de toda la bibliografía sobre el período en particular y sobre la Historia de la Cataluña Moderna en general: «**Bibliografia dels moviments socials a Catalunya, València i les Illes**». Dirigida por E. Giralt Raventós, con la colaboración de A. Balcells, A. Cucó, J. Termes. Editorial Lavínia. Barcelona, 1972.

Por mi parte, he utilizado especialmente los siguientes libros:

«**Panorama del pensament català contemporani**». Selección y comentarios de J. Ruiz i Calonja. Prólogo de J. Vicens i Vives. Editorial Vicens Vives. Barcelona, 1963.

Josep Pla: «**Fancesc Cambó**». Edicions Destino. Barcelona, 1973.

Josep Benet: «**Maragall i la Setmana Trágica**» (5.^a edición). Edicions 62. Barcelona, 1975.

Antoni Jutglar: «**Història crítica de la burgesia a Catalunya**». Dopesa. Barcelona, 1972.

Jordi Solé-Tura: «**Catalanisme i revolució burgesa**». Edicions 62. Barcelona.

Además de interpretaciones globales, como las de Tuñón de Lara, Gerald Brennan, Joan Reglà, Vicens Vives, Pierre Vilar, etc.



El guión de la «*La ciutat cremada*» omite una interpretación de los motivos y sucesos de la «Semana Trágica», resultando además equívocos los datos que se ofrecen sobre ella. No podía faltar en la película la descripción del ataque contra las instituciones religiosas, ni el episodio del subnormal Ramón Clemente García (Joan Manuel Serrat) paseando la momia de una monja, acto que contemplamos.